

El marido perfecto de Beatriz Escalante

El marido perfecto es un libro formado por veinticuatro viñetas narrativas donde se esbozan diversas situaciones dramáticas que podrían anunciar una reflexión moral sobre sus personajes.

En cada uno de estos textos encontramos una tendencia a la ironía acerca de las situaciones descritas entremezclada con cierta dosis de ternura hacia los personajes.

El inevitable relativismo moral que se desprende de esta estrategia de escritura está construido a expensas de la unidad de tiempo, espacio y personajes, es decir, cada historia ocurre a un personaje distinto en un momento y un contexto muy específicos.

La diversidad de estos ámbitos y situaciones individuales puede observarse al recorrer rápidamente la galería de personajes que encontramos en estas historias:

Una arquitecta que apoya a su compañero de estudios, quien más tarde será su compañero de trabajo, con la secreta esperanza de que él se case con ella ("Injustísima belleza"); una tía que cumple todos los caprichos monetarios de su deseado sobrino con tal de que él viva con ella ("Adonis"); una esposa aburrida que desea que un mago serruche a su esposo por la mitad ("La suerte tiene un límite"); una esposa engañada que tiene una fantasía en la que ella termina explicando a su nuevo amigo la conveniencia de que él abandone su vida como amante de esposas frustradas ("Compras de última hora"); un viudo que decide suicidarse, pensando que su esposa lo hizo sólo para torturarlo a él, pues así ya no quedaría nadie más en el mundo que fuera tan imbécil ("La venganza del penúltimo"); una recién graduada



en relaciones internacionales que reflexiona sobre las posibilidades que le ofrece su nueva condición de mujer embarazada ("El oficio biológico").

La niña rica que desea tener un esposo, como todas las demás, y una vez que lo consigue, añora la posibilidad de tener un amante ("El marido perfecto"); una pareja de adolescentes que descubren sus atractivos mutuos en el preciso instante en el que su espacio para la posible intimidad es invadido por un grupo de albañiles ("El club de la azotea"); una grabación confesional que es utilizada como parte de una terapia familiar ("Lección 23"); una mujer casada que sueña con un cuerpo adolescente, el cual contrasta con el de su rutinario esposo ("Bajo la piel cansada"); un ex estudiante de letras hispánicas que se convierte en un fiel esposo que vende libros en una estación del Metro ("El subterráneo"); la historia de Silvana Suárez, quien al convertirse en la señora Sánchez, multiplica el seseo de su nombre, y con ello, también se multiplica su mala suerte ("Por culpa de S").

Una mujer casada, heterosexual pero insatisfecha, descubre inesperadamente su propia sensualidad, y decide que, al igual que su marido, también ella tiene derecho a encontrar a la mujer de su vida ("Eclipse de lunas"); una mujer eternamente inconstante decide a los cuarenta años que si volviera a nacer debería llamarse Constanca ("Mi segundo nacimiento"); una familia mexicana en la que todo, desde los nombres propios hasta los trabajos que desempeña cada uno de sus miembros, tiene un origen estadounidense ("Mexi Christmas!"); una empleada acosada sexualmente por su jefe decide vengarse pidiendo a un amigo homosexual que lo acose a él, pero el jefe accede inmediatamente a las insinuaciones sexuales del amigo ("Cornadas laborales"); una vendedora de tarjetas de presentación insiste en vender su producto a un sacerdote mientras éste trata de deshacerse de un cadáver abandonado en su igle-

sia ("Guárdame este cadáver"); un esposo celoso inventa historias que su esposa escucha con excitación y que además considera como una muestra de su cariño hacia ella ("Sexo imaginario").

Una mujer se entera de la muerte de su amante, y descubre entonces que el amor no es suficiente para compensar una ausencia ("El amor no es un antídoto"); un lector de Freud pasa la noche en un hotel con una mujer que habla sin parar, y descubre que sí puede haber algo peor que estar con su propia esposa ("Logomanía"); un insomne trata de conciliar el sueño al recordar los nombres de los escritores que conoce ("El escritor insomne"); una pintora se obsesiona con la perfección física de otra mujer, y al perseguirla en el gimnasio para poder dibujarla, termina por adquirir un cuerpo envidiable, y exhibe su serie de desnudos con el nombre de *Autorretratos* ("La pintora y su modelo"); una ama de casa se convierte en cantante profesional, a pesar de que su esposo siempre se niega a reconocer sus méritos; ella entonces decide vengarse negándose a otorgarle el divorcio ("El paraíso doméstico"); una mujer acompaña a su hija a probarse el vestido de novia que ella misma se puso en su luna de miel, y recuerda con nitidez la excitación que sintió en su noche de bodas, con ese mismo vestido, cuando su esposo la abrazó por detrás por primera vez ("Luna de miel en cuarto menguante").

El estilo en todas estas historias es el más económico posible para contar cada historia. Es por ello que hay numerosas descripciones que condensan lo que en otros autores podría necesitar un desarrollo mucho más extenso. Veamos algunos ejemplos de esta economía de recursos textuales.

Al contar la historia de una mujer que tiene atractivos de los que la narradora carece, se nos dice:

Las razones de Sandra iban de dos en dos: las primeras, por ejemplo, eran ta-

lla 34C; las segundas eran la causa de que hasta el pantalón peor cortado luciera de maravilla (p. 15).

En cambio, en esta misma historia, el objeto de su propio deseo es descrito en términos metafóricos:

Con el paso de los años, el arquitecto Bruno Grimaldi había adquirido –como los buenos vinos de Bordeaux– un cuerpo excelente (p. 18).

En otros relatos, las descripciones de situaciones eróticas son presentadas en un lenguaje igualmente sintético, como en el encuentro que tiene un hombre con la mujer que está decidida a engañar a su esposo:

Ella cruza las piernas. Él no pierde ni un instante el desplazamiento: lo sigue atentamente: el zapato negro de tacón se eleva, luego traza medio círculo frente a la otra pantorrilla y se detiene a 30 centímetros del piso del bar, entonces se agita en el aire, en la cama del hombre, donde él imagina a Jessica desnuda, sin medias, sólo con los zapatos de tacón (p. 37).

En esa misma historia, la determinación de ella se explica por un rasgo de su carácter que es descrito en estos términos:

Está convencida de que siempre que pone su cuerpo entre un hombre y algo que ella desea, el hombre hace lo esperado (p. 40).

En la historia de un esposo fiel pero rutinario, su situación como eterno estudiante se presenta a partir de una comparación muy ilustrativa:

De algún modo, Juan tenía con su mujer la misma relación que con su tesis; ni efectuaba los trámites necesarios para deshacerse de ella, ni la abandonaba sin explicaciones (p. 97).

En la historia de la mala suerte que tiene Silvana Suárez de Sánchez, ella nos informa de una situación trascendental en un tono casual, como de pasada:

... es tanta la mala suerte que me ha traído la S de Sánchez que se me está poniendo voluminoso el vientre (p. 105).

Y la historia de una súbita separación de los amantes concluye con una epifanía acerca del posible sentido de toda historia de amor:

Jamás podría decirle lo que por fin había acabado de entender: que el amor no es suficiente aunque sea único, y que a veces el amor es imposible aun dentro del más inmenso amor (p. 159).

Esta prolija galería de retratos de mujeres casadas y casaderas, que están inmersas en la búsqueda o en la memoria de sus propias nupcias, está inscrita en una radición de narradoras mexicanas cuyo antecedente más importante es *Álbum de familia* (1971) de Rosario Castellanos. Tan sólo durante los últimos 25 años hemos podido leer, entre muchos títulos similares, *De noche vienes* (1979) de Elena Poniatowska; *Cuarto de azotea* (1986) de Cristina Pacheco; *Las niñas bien* (1987) de Guadalupe Loaeza; *Intentos* (1987) de María Luisa Puga; *Dicen que me case yo* (1989) de Silvia Molina; *Bestiario doméstico* (1989) de Brianda Domecq; *Mujeres de ojos grandes* (1992) de Ángeles Mastretta; *Más allá de la mirada* (1992) de Aline Pettersson; *Relámpagos* (1995) de Ethel Krauze, y *Cuentos para ciclistas y jinetes* "1995" de Adriana González Mateos.

Así, este libro forma parte de la tendencia a la fragmentación narrativa que caracteriza a gran parte de la escritura contemporánea. Es un mosaico de retratos instantáneos que en conjunto hablan de la diversidad de universos narrativos que podemos contemplar en la vida cotidiana urbana contemporánea, retratados a partir de eso que desde hace varios años algunos cuentistas han decidido llamar, precisamente, ejercicios de *ficción súbita*. LC

El marido perfecto, Beatriz Escalante, México. Nueva Imagen, 2001, 199 pp.